

## **Las Guerras Galácticas**

Manuel trabaja de contador en un gran supermercado en el centro de la ciudad. Es muy ordenado y prolijo. Tiene 35 años y no es muy sociable. De pelo negro, ojos cafés y pequeños. Tiene un lunar en su mejilla derecha. Sus mayores intereses ahora son los libros de historia, hacer puzles y caminar por las noches por el centro de la ciudad. Siempre recuerda que cuando era niño le pedía a su madre que lo llevara al centro por las tardes casi al anochecer. Le fascinaba observar las luces de los edificios, de las tiendas, de las vitrinas, los grandes letreros luminosos. Esta combinación de elementos con luces, este espectáculo nocturno, lo hacía caer en un estado de fascinación y éxtasis junto a su madre a quien adoraba.

Los recuerdos y sentimientos que tiene de su padre no son los más gratos, era una persona posesiva, autoritaria y algunas veces agresiva. En una ocasión vio cómo su padre le pegaba a su madre en el rostro con un puño tan grande como su cara, todo esto por no tener el aseo ni la comida a tiempo al regresar del trabajo. A él, su padre le exigía que las notas del colegio debían ser como mínimo un seis, lo que pocas veces lo lograba, motivo por el cual solía pegarle con una correa. Esta situación hizo que madre e hijo se aliaran para resistir juntos algunos de los castigos que les propinaba el padre.

Su gusto por las matemáticas empieza en el colegio. En cierto sentido, esta disciplina le da seguridad y estabilidad. El resultado de una operación siempre va a ser el mismo si tenemos los mismos elementos, así como cuatro más cuatro ocho o dos por tres seis; no hay condiciones adicionales que cambien estos resultados en el campo de las

matemáticas. No así las conductas del ser humano que por lo general le provocan inseguridad y temor, ya que no siempre reaccionan de la misma forma ante una misma situación. Para Manuel era todo un tema tratar con mujeres porque las consideraba impredecibles, nunca sabía cómo comportarse con ellas y tampoco tratarlas.

Cuando Manuel terminó el colegio decidió estudiar contabilidad. Postuló fuera de su ciudad, y logró quedar en la carrera que él quería. Al marcharse de su casa su madre decide separarse de su padre para vivir más tranquila. Al poco tiempo le detectaron un cáncer avanzado y muere en pocos meses. A su padre nunca más lo visita y pierde todo contacto con él.

De grande nunca ha podido iniciar una relación de pareja. Ha conocido mujeres en su vida, sin embargo, en las primeras citas, queda en evidencia su inseguridad, traumas y demonios, y siempre ellas terminan alejándose de él. Han sido numerosas las veces que ha intentado comenzar una relación y todas han fracasado. En su mente, frente a esta soledad e incomprensión del género femenino, culpa a las mujeres por ser superficiales, frívolas y no dignas de su afecto.

Ahora de adulto, tiene la costumbre de caminar y recorrer el centro todos los días al caer la tarde, cuando empieza a anochecer. No puede evitar mantener esta rutina que lo transporta a su niñez, cuando paseaba junto a su madre por el centro de la ciudad. Durante estas caminatas observa las vitrinas de las tiendas, lo ordenado, limpio y agradable que se ven desde fuera. Aunque haya frío o lluvia estas vitrinas se mantienen apacibles y ordenadas. Últimamente le llaman mucho la atención los maniqués. Están tan bien hechos, se ven muy reales y sus rostros le transmiten felicidad, seguridad y

armonía. Piensa que es imposible que no sean felices si tienen de todo y siempre se ven tan bien, risueños seguros y protegidos en esos ambientes preciosos que son prácticamente sus casas. Con buena ropa, buenos zapatos y gente que los mira y los encuentra atractivos.

Cierto día durante su recorrido habitual, se detiene en una multi tienda en la que habían instalado recientemente una oferta de camas y colchones. En la vitrina hay un dormitorio con una cama matrimonial y dos veladores. Cada velador con su lámpara de luz tenue color sepia, y que convierte el lugar en un ambiente acogedor y cálido. Sentada frente a un espejo hay un maniquí de una mujer rubia muy bella en camisón de dormir. Sentado en la cama, el maniquí de un varón de pelo rubio muy bien peinado, con pijama, pantuflas y una felicidad plena en su rostro.

Al ver esta escena, Manuel siente un poco de envidia, no puede contener el sentimiento de tristeza que lo invade mientras observa la vitrina y lo compara con su vida. Lo tenían todo, un grato ambiente, una gran cama, los dos felices y juntos por siempre. En cambio, el solo, sin nadie con quien compartir, nadie a quien querer le resulta imposible no sentir rabia, ira, además de compasión por sí mismo.

La vitrina lo tuvo absorto durante algunos minutos, hasta que una persona que lo había estado observando, se acercó a él para preguntarle si se sentía bien. Solo se sentía cansado, responde y Manuel retoma su recorrido habitual sin dejar de pensar en la vitrina y los sentimientos que le habían provocado.

Al día siguiente vuelve al mismo lugar para mirar de nuevo la vitrina y la escena de la pareja de maniqués. Vuelven esos sentimientos encontrados, ese vacío existencial, esa

armonía tan ajena, inexistente e inalcanzable para él. Ella arreglándose para irse a dormir con él, mientras que él la espera para estar juntos por siempre.

Al tercer día de pasar por el mismo lugar, se empieza a familiarizar con la pareja. Más bien comienza a proyectarse en el maniquí varón. Su mente lo llevó a proyectarse en el maniquí varón. Se fija en su ropa, en el pijama. También mira su peinado. Al día siguiente, Manuel compra un pijama similar, y unas pantuflas iguales a las del maniquí.

Dejándose llevar por la imaginación, Manuel comienza a pensar en cómo ingresar a la tienda de camas y colchones, esconderse y quedarse ahí hasta que lo cierren. Piensa ir al camarín, se pondrá su pijama y sus pantuflas nuevas, en que se peinará frente al tocador y se meterá a la cama. Antes, claro, sacará el maniquí de ahí. Sentir, aunque sea por una noche esa armonía tan deseada, junto a su compañera tan regia y bonita e irse a la cama juntos por siempre.

Al día siguiente casi al anochecer Manuel entra en la tienda y se esconde hasta que cierran y apagan las luces. Ya con las pantuflas y el pijama puesto se dirige al dormitorio de sus sueños, toma el maniquí de acuerdo con lo planeado y lo deposita en uno de los armarios de la tienda. Luego, se sienta en la cama, observa la espalda de su pareja frente al espejo. Se acuesta, la mira a ella que está arreglándose, cierra sus ojos, siente que está en un momento lleno de placidez, de paz, de armonía mientras espera se acueste a su lado. Por fin lo logra, por fin tiene a quien querer y quien lo quiera, es la perfección. Se siente feliz, transportado a un sueño ideal, uno donde puede dormir absolutamente en paz.

Durante la madrugada, la multi tienda reestructura las vitrinas y redistribuye los maniqués para inaugurar la saga de la película "Las guerras galácticas". Esto incluye personajes y puestas en escena de algunos episodios de las películas.

Martin es un estudiante que camina al mediodía por el centro de la ciudad y de pronto le llaman la atención los grandes letreros de las vitrinas de la vereda del frente, donde se anuncia la venta de artículos de "Las Guerras Galácticas". Cruza la calle y observa en una de las vitrinas, una de las escenas de la película en la que están torturando a uno de los villanos. Se detiene en el maniquí torturado, este tiene un lunar en la mejilla derecha. Al mirarlo a los ojos, lo inunda una angustia y se estremece ante una mirada real de dolor y sufrimiento. No puede dejar de mirarlo, otra persona al verlo absorto frente a la vitrina, lo interrumpe. "Señor, ¿se siente bien? ¿le ocurre algo?", "No, no me pasa nada", responde Martin. "Muchas gracias", le dice y retoma su camino alejándose de la vitrina y pensando en lo bien que fabrican hoy los maniqués, le parece una maravilla.